

Alabanza de la humilde coma

Por Pico Iyer

Dicen que los dioses dan el primer aliento y nos lo quitan. Lo mismo podría decirse —¿o no?— de la coma. Si se la agrega a un modificador, la mente accede, literalmente, a una pausa para pensar; si se la omite, la mente pierde un lugar de descanso. Sin embargo, nadie respeta a la coma. Lo pequeño, afirmamos, es hermoso (especialmente en la era del microchip). ¿Y qué se usa con más frecuencia y se recuerda menos que la coma, excepto, tal vez, la misma respiración? Los signos de puntuación son las señales viales ubicadas a lo largo de la ruta de nuestra comunicación para controlar la velocidad, guiar la dirección y evitar choques frontales. Un punto tiene la finalidad inapelable de una luz roja; la coma es una luz amarilla que solo nos requiere que nos detengamos; el punto y coma es un signo de "PARE" que nos indica que debemos desacelerar gradualmente hasta detenernos. Al establecer relaciones entre las palabras, los signos de puntuación establecen relaciones entre las personas que utilizan esas palabras. Quizás por esa razón los maestros los defienden y los amantes los desafían ("Nos amamos y nos pertenecemos nunca nos lastimemos Nicole nunca nos lastimemos" le escribió Gary Gilmore a su novia. Debió haber intuido que una coma "separa lo inseparable", según las palabras de H.W. Fowler, el rey de la normativa inglesa). No es una sorpresa que la puntuación haya sido una de las primeras propiedades de la era victoriana, la época del corset, que los modernistas eliminaron: se puede decir que la revolución sexual comenzó cuando Molly Bloom derramó todos sus pensamientos privados en 36 páginas de prosa corrida, casi no puntuada y oficialmente censurada. De esta manera, la puntuación es la firma de las culturas. Los españoles, de sangre caliente, parecen revelarse en la pasión y la urgencia de sus dobles signos de exclamación e interrogación ("¡Caramba! ¿Quién sabe?"), mientras que los impenetrables chinos aumentan su supuesta hermeticidad omitiendo direcciones en sus ideogramas. La anarquía y la conmoción de los '60 fueron reflejadas en los explosivos signos de exclamación, revolucionarias mayúsculas y bastardillas de la pintoresca prosa de Tom Wolfe. Pero la puntuación es algo más que la marca de nacimiento de una cultura; representa la música en las mentes, hace que nuestros pensamientos se muevan al ritmo de los corazones. La puntuación es la notación en las hojas pentagramadas de palabras, y nos indica cuándo descansar o cuándo elevar la voz; demuestra que el sentido de nuestro discurso, como el de cualquier composición sinfónica, yace no en las unidades sino en las pausas, en el ritmo y en el fraseo. La puntuación es la manera en que uno cierra los ojos, baja el tono de voz o enrojece. La puntuación ajusta el tono, el color y el volumen hasta que el sentimiento queda perfectamente enfocado: no asco, sino disgusto; no lujuria, sino amor. En resumen, la puntuación nos otorga la voz humana y todos los sentidos que se esconden

entre las palabras. "Tú ya no eres joven, ¿no?" pierde toda su inocencia al perder el signo de interrogación. Agréguese un signo de exclamación al "Ser o no ser..." y el cabizbajo danés se encuentra con toda la resolución que necesita. A veces, por supuesto, nuestras marcas de puntuación pueden ser una mera cuestión estética. Introducir una coma puede ser equivalente a colocarse el collar que le da a una prenda cierta callada elegancia, o a atrapar el sonido del fluir de las aguas que complementa un paisaje japonés. Cuando V.S. Naipaul, en su última novela, escribe "Era un hombre de mediana edad, con anteojos", la coma podría parecer superflua. Sin embargo, le da a su descripción una vuelta de tuerca y una sutileza que no aparecería de otra forma: nos muestra que los anteojos no son parte de la mediana edad sino algo más. Así, estos pequeños rasguños de la hoja proveen el aliento, la cadencia, la profundidad. Un mundo solo de puntos es un mundo sin inflexiones. Es un mundo sin matices. Es un mundo sin bemoles ni sostenidos. Es una música marcial. Tiene un ritmo de zapateo. Las palabras no pueden doblarse ni curvarse. Una coma, en contraste, atrapa la gentil deriva de la mente al pensar, volviéndose sobre sí misma, retrocediendo, redoblándose y retomando su propia música; mientras que el punto y coma reúne complementos y pensamientos con la muda discreción de una anfitriona acomodando a sus invitados a la mesa. La puntuación, entonces, es una cuestión de cuidado e interés. Interés por las palabras, sí, pero también, y con mayor importancia, por lo que las palabras implican. Solo los amantes descubren los pequeños detalles: la forma en que la tarde se posa sobre el borde de un cuello, o cómo una hebra de cabello se escapa por detrás de una oreja, o la manera en que un dedo rodea una taza. Y nadie examina una carta más cuidadosamente que un amante, buscando las letras pequeñas, luchando por captar las insinuaciones, las vacilaciones, los suspiros, atrapando los mensajes secretos que se esconden en cada cadencia. "Ningún hierro puede marcar el corazón con la fuerza de un punto ubicado en el lugar preciso" nos dicen las hermosas palabras de Isaac Babel; una coma nos puede hacer oír el sonido de una voz que se quiebra, o un corazón. La puntuación, en realidad, es un trabajo de amor. Lo que nos lleva de vuelta, de alguna manera, a los dioses.

Responder las siguientes preguntas sobre "Alabanza de la humilde coma"

1. ¿Dónde cortarían los párrafos (son nueve en el original) y por qué?
2. ¿Qué significan los guiones de la línea 2?
3. ¿Por qué hay comillas dentro del paréntesis de líneas 12-14?
4. ¿Por qué ese mismo paréntesis no termina en "novia"?
5. Justificar la coma entre "Fowler" y "el rey" (línea 14).
6. ¿Qué diferencia habría si "de sangre caliente" (línea 19) no estuviera entre comas?
7. ¿Cuál es la función del paréntesis en línea 20?

8. Justificar el uso de los dos puntos en línea 30.
9. Justificar el uso del punto y coma en la misma línea.
10. Explicar los ejemplos de líneas 32-33 y 38-40.
11. Construir una única oración con las oraciones de las líneas 41 a 43 (desde “Un mundo... hasta curvarse”).

Traducción y consignas de Eduardo Hojman